

Lo que es democracia.

Democracia consciente, democracia gobernante, democracia en acción fue el hermoso acto de ayer, en que el pueblo de Madrid manifestó su voluntad de no querer ser regido por las personas y por los procedimientos que lo rigen. Si hacia falta probar el completo divorcio en que viven pueblo y Gobierno, pueblo y políticos, rectores de la cosa pública, quedó plenamente demostrado en la manifestación de millares de ciudadanos, que no cometieron el menor desmán ni ofendieron a nadie.

Los gobernantes, y también los que han de gobernar, van por un lado, y las gentes van por otro. Son como líneas paralelas, que, actuando en un mismo plano, sólo se pueden encontrar en el infinito.

Y todavía ministros y ministeriales, por un exceso de celo altamente dañino a su causa, parecen empeñados en la tarea absurda de ahondar más y más las diferencias, los abismos que los separan de la opinión. Los muy torpes y mentecatos se ocupan desde ayer en la faena pueril de contar el número de los manifestantes, de regatear su cantidad y su representación. Y entrando ya en el lindero vedado de la injuria y de la calumnia, ultrajan a los ciudadanos que se manifestaron desde la Cibeles hasta el monumento a Castelar.

No conocemos nada tan insensato como ese regateo de la importancia y alcance de la manifestación. ¿Va a ser el único problema de lo que ocurrió el memorable día 28 de Marzo en Madrid saber si fueron veinte ó cuarenta ó cincuenta ó cien mil los manifestantes? ¿De eso depende, de que los vieran con ojos claros y serenos, ó con lentos ahumados, desfilarse durante más de dos horas por el espacio más ancho y la avenida más larga que tiene la villa noble y heroica de Madrid?

Si los gobernantes que por aquí se estilan tuvieran sinceres y sentido común y ungrano siquiera de substancia de estadistas, se mostrarían satisfechos con el acto que ayer realizó Madrid; porque comprenderían los muy majaderos que fué un acto esencialmente, fundamentalmente conservador, en el bueno y alto sentido de esta palabra conservador. No fué un motín, ni una algarada, ni un barullo, ni un tumulto. Se manifestaron en la calle miles y miles de personas, sin que hubiere el menor agravio al derecho, á la hacienda, á la vida, á la seguridad de los demás que no pensaban como ellos. ¿Qué más se puede desear en un pueblo que desde los albores del régimen constitucional, en el espacio de un siglo, no hicieran otra cosa los españoles que pagarse entre sí, que darvarnar sangre de hermanos?

La cosa es para alegrarse y para entonar esos gritos de victoria. ¿Y cómo no entonar esos gritos de victoria? Nuestra complejidad era la de facciosos, y somos ciudadanos. Nuestro inveterado hábito era el de imponer la razón ó la sinrazón de nuestros ideales, anhelos y protestas á tiros, y vamos aprendiendo á votar en los comicios ó á votar en las calles. ¿Qué mejor forma de voto que una manifestación pública?

Parémonos un momento á considerarlo. La manifestación de ayer fué encendida en un acto parlamentario, en un discurso del Senado. ¿Puede darse un origen más legal, más conforme con las prácticas de los pueblos libres, más antirrevolucionario? Los venidos de ayer son por igual las arbitrariedades de arriba y las violencias de abajo.

Pero además hay otra cosa que enseña mucho y que es altamente consoladora. El pueblo se ha enterado de lo que se ha dicho por un representante suyo en la Alta Cámara y ha leído los discursos de una parte y de otra y ha seguido con atención las incidencias del debate, y ha sacado la consecuencia—y de ahí la manifestación—que por unos ó otros motivos eran en su daño las soluciones dadas al asunto magno del Canal. ¿No es para darse un canto en los pechos que en las columnas de los periódicos, venga á ser una lectura familiar á los ciudadanos? ¿Hay otra escuela, puede haber otra, de civismo en los países constitucionales? Aunque la conciencia pública estuviera equivocada en sus juicios respecto á esa discusión, no demostraría un progreso el que se ocupara y se preocupara de lo que se dice en el Parlamento?

No existe á la hora actual cátedra equivalente á esa cátedra de democracia. Ya es de una edad antediluviana el que los ciudadanos, ante los malos reales ó imaginarios del Poder, se reunieran en tenebrosos lugares para conspirar. Ya nadie piensa en derribar á los Gobiernos levantando barricadas, matando al enemigo ó dejándose matar. Ya los conflictos planteados á toda hora por el proceso del gobierno de la nación no se dirimen á pedradas ó á tiros. Las gentes empiezan á tener, poseen ya en alto grado, la fe en su derecho, y los problemas de la vida pública en España son de quién tendrá más votos en la lucha electoral del 13 de Diciembre en Barcelona, y de quién derrotará á quien de las fuerzas opuestas en la batalla del 20 de Diciembre en Valencia, y de si responderán ó no al llamamiento de un hombre los miles de ciudadanos que aplauden su actitud en el Senado.

Y cuando en combate leal, ordenado, legítimo, justo, la masa de opinión se manifiesta públicamente, ó en las urnas, ó en la plaza, los conservadores, verdaderos ilusos y románticos de la arbitrariedad, como hay románticos ó ilusos de la violencia á las leyes, salen por ahí pregando, de que los que votan ó se manifiestan no constituyen el país.

¿Pues qué quieren que sea el país, una turbamulta de políticos ó una turbamulta de alborotadores públicos, que busquen en el río revuelto el choque de unas y de otras pasiones del régimen del Estado? ¿Sería acaso preferible que volviéramos á la apatía de los que sufren en silencio



SOL.—Y Maura dijo que estaba solo!

las pateaduras del Poder ó de los que se levantan en armas ante cualquier incidencia de la vida pública? ¿Seríamos tan desgraciados que á la hora misma en que hasta los turcos aprenden Derecho constitucional y se conducen como hombres libres, nosotros olvidásemos la libertad y la democracia, que teníamos aprendida á costa de tanta sangre? ¿No habrá sonado ya el minuto histórico en que los gobernantes sepan que no se puede gobernar sin la opinión y que aquí no hay mas que pueblo, democracia?

Podrán decir los conservadores en su soberbia que sólo ellos tienen razón y que no se van porque no quieren irse, y que aun cuando hubiera todos los domingos una manifestación tan hermosa como la de ayer no se darían por notificados. Está bien, y por eso son conservadores, porque tienen otra idea del origen y causa del Poder. Como ellos no lo recibieron de la opinión, estológico que nos rinden á la opinión cuando se lo reclama. ¿Pero negar que el Poder compete en la tarea absurda de desdenar ó de aparentar desdenar esa explosión del sentimiento público? Para eso no tienen derecho; eso es superior á nuestra paciencia y mansuedumbre.

Por algún tiempo, no mucho, continuará las cosas por el cauce por donde van. Gobernantes y opinión estarán todavía algunos meses, ó todavía algunos años—¡qué significa eso en la vida larga de un pueblo!—en absoluto y total divorcio. Mas ello acabará, y el final será pacífico ó desolador, sea sangriento, se ascenderá en el camino del progreso ó se desandará lo recorrido, volviendo al tiempo pasado, ó que la fuerza todo lo decida, según los gobernantes se enteren de que es preciso atender á las demandas de la opinión y gobernar en su compañía y no en su contra.



Según se puede ver en la correspondencia de Peribáñez, el valiente Domingoín tuvo ayer que pasar las horas (color carmesí) para despacharse cinco novillos él solito.

Como eso no es mi misión, no he de juzgar su traje; pero hago esta anotación: «La pasión de Domingoín fué el domingo de Pasión.»

El activo corresponsal de El Eco de Valdecajalá mandó anoche á su periódico el telegrama siguiente, con un error, debido, sin duda, á la precipitación con que fué transmitido.

«Muchos manifestantes en Castellana. Novillada con lances á la moderna. Peribáñez, protesta republicana. Gobernantes cogidos por entropiernas.»

Toda la Prensa, ó al menos una buena parte de la misma, había estos días de la enorme locomotora, primera en su clase, adquirida por la Compañía de los ferrocarriles del Norte; máquina cuyos cilindros, si son proporcionalmente al tamaño del cuerpo que los produce, deben de atropar el espacio.

¡Renáiga, qué ocasión se ofrece más oportuna de ir por olla á la estación y llevarla al frente de una contra-manifestación!

Los periódicos tributan merecidas alabanzas á la Piel de oso con que Sagi-Barbadillo, Custodio y el insignie Bretón han tenido á bien abrigar el teatro Cómico, alabanzas á las cuales uno la mía muy sincera, si se me permite.

Los autores sobrean el triunfo que han obtenido; mas como hay tanto envidioso, desde luego propongo que pronto por esas vallas y por esos edificios de Dios se ha de ver en tiras la Piel de esos tres amigos.

JUAN PEREZ ZÚÑIGA.

ORQUESTA SINFONICA DE MADRID

Interesante era el programa para el segundo concierto, celebrado anoche por la admirable orquesta madrileña. Y si en el primero, con el indudable objeto de dar completa brillantez á la presentación de la Sociedad, el programa estaba confeccionado con obras de belleza superior é indisputable, en el de ayer anunciábase ya producciones nuevas, fruto de las modernas tendencias de la música sinfónica y, por consiguiente, de un interés sumo para cuantos sinceramente amamos el Arte y nos interesamos en su gigante evolución.

Por razones que no es del caso estudiar, hasta hace muy pocos años el repertorio de los conciertos en Madrid apenas se renovaba. Embriagados por las supramas maravillas beethovenianas, convencidos tras larga lucha de la grandeza incomparable del arte de Wagner, en tal punto quedamos estancados, como si el Arte detuviera su caminar con las últimas creaciones del coloso de Bayreuth, como si los músicos no hubieran logrado hallar nuevas formas, nuevas ideas, en el infinito mundo de la fantasía.

Esto produjo un vacío en nuestro público, que, por fortuna, ha venido la Orquesta Sinfónica á desmenuar: la resistencia, el temor á la obra nueva. En la memoria de todos está el recuerdo de lo que le ocurrió á D'Indy en Madrid años atrás por atravesarse á confeccionar programas sobre la base de obras desconocidas, entre las que figuraba por primera vez el discutido *Apprenti de Bruja* de Dukas. Pues bien; esta obra, y como esta otras muchas recibidas con ciega hostilidad por nosotros, España, de Chabrier, bajo la dirección de Marnett, son escuchadas hoy con atención; discutidas, sí, pero respetadas, y algunas, vencida la vieja resistencia, aceptadas ya con general aplauso como repertorio.

Y este es uno de los mayores servicios que debemos á Fernández Arbó y á la Orquesta Sinfónica de Madrid desde el primer año de sus trabajos, beneficio nobilísimo que hace que sus campañas anuales sean fecundas y progresivas para la cultura artística nacional.

Anoche ocupaba el puesto de honor el programa Brahms, con su cuarta sinfonía en *mi menor*. En esta obra se destaca vigorosamente la personalidad severa del gran músico hamburgués. Sorprende esta obra por la firme sobriedad de su composición y la pureza clásica de su desarrollo, en lo que no hallamos ni una leve concesión de falso efectismo ni un detalle superficial que rompa la serena orientación del pensamiento creador.

Con placer hacemos notar que la sinfonía fué escuchada con religioso silencio y aplauso cariñosamente á la conclusión de sus cuatro tiempos. Digno tributo á un músico que hace poco desterrado de nuestros programas con tanta injusticia como lo ha estado Schubert.

El nuevo fragmento sinfónico *Féas*, de Claude Debussy, que escuchamos en la primera parte, es una página visosísima, colorista, de una atrayente y misteriosa vaguedad, tan característica en el estilo del avanzado compositor francés.

Fué repetido el *nocturno*; lo que se debió en gran parte á la exquisita y animada interpretación que obtuvo.

La *rapodia España*, de Chabrier, y el *Viaje de Sigfredo por el Rhin* fueron también escuchados dos veces, esta última obra tras una formidable ovación, premio á la espléndida ejecución que alcanzó el sublime fragmento de *El caso de los dioses*.

En conjunto, el concierto resultó interesante, pues hubo que añadir á las perfecciones de interpretación de Arbó y su orquesta la novedad de obras como las de Brahms y Debussy.

El oficial del buque Sr. Farriols me dió detalles de lo ocurrido.

Esta mañana, á las ocho y media, y á una distancia de más de 30 millas de Málaga, á la vista del cabo Sacrañ, notó la tripulación que un buque de gran porte se echaba encima, en medio de la densa niebla que reinaba. El capitán del *Berenguer*, D. Evelio Mas, mandó dar contrapavos para evitar el choque,

CHOQUE DE BARCOS

Por telegrama de nuestro corresponsal Málaga 28 (10 n.)

pero antes de que la maniobra pudiera efectuarse, el buque contrario abordó al *Berenguer* por el costado de babor, destruyéndole los camarotes de la cubierta y los retrajes, abriendo una enorme vía de agua bajo la línea de flotación.

Los departamentos de las máquinas y las carboneras se inundaron inmediatamente, y gran parte de la obra muerta quedó destruida.

Al ocurrir el abordaje, el segundo oficial, que estaba durmiendo, sufrió una ligera contusión.

El pasaje se dió bien pronto cuenta de la gravedad de la situación, y entonces quedó la alarma.

El capitán, después de reconocer el peligro, hizo rumbo en demanda de una plaza y pidió auxilio con el pito.

A esta señal acudió una pareja de la *pesca del bon*, cuyo patrón sirvió de piloto para conducir el buque al puerto.

Puede decirse que milagrosamente no se hundió el buque antes de atracar en el muelle.

El *Berenguer* procedía de Barcelona y estaba abarrotado de pasajeros.

Dicho buque, de la matrícula de Barcelona y perteneciente á la Sociedad Anónima de Navegación Transatlántica.

Lleva á bordo 19 pasajeros, que se dirigían á Buenos Aires.

No pudieron ver al buque abordado, y únicamente alcanzaron á comprender que se morcotea, y suponen que inglés, por llevar en el costado un rótulo que dice *Newcastle*.

Se ignoran todavía exactamente los perjuicios que haya podido sufrir el buque.

Málaga será reconocido el barco, y se verá si es posible reparar provisionalmente las averías sufridas.—E. I. corresponsal.

Debido ser enorme la concurrencia que ayer tarde hubo en los salones del palacio de la duquesa de Najera. Lo suponía á juzgar por el número extraordinario de coches y automóviles que vi en la puerta.

Grandísima y selectísima. Daba el circular por ellos, ¡había tanta hermosura!

Algunos nombres?

Las duquesas de Pinohormos, Luna, Valencia, Sotomayor, Montoliu y Nobilitas; las marquesas de La Guardia, Anisot, Mía, Santa Cristina, Bonicelli, Aguilón, Ostero, Caicedo, Nayamocande, Campillo, Orlán, Gordo, Zugasti, Polivilla, Rosillo, Santa Genoveva, Penalva, Santo Domingo, Bolanos, Coquilla, Candelaria de Yarzago, Ogando, Velázquez, Perijá, Vda de Bogaraya, Atalaya, Ribera, Casariego, Campofortil y Aguiar; las condesas de Vistaflores, Tovar de Lemos, Antonbach, Caudilla, Pardo Bazán, Vilana, Agrola, Esteban Collantes, Belascoain, Cruz, Buena Esperanza, Broel Plater, Villamane, Almodar, Campo Giro, Aiarés, Mayorga, Alcolea y Miquel.

Es una brillantísima representación de nuestra aristocracia.

Las señoras y señoritas de Silvestrelli, Hoess, Cubillo, Urbina, Pérez Seoane, Quiroga, Frigola, Reynoso, Colantes, Villar y Villal, Rojo Arias, Despujols, Diaz, Hurtado de Améaga, Elguin, Pérez del Pulgar, Torres Rivas, Linares, Gaviña, Sanjuana, Orlán, Gordo, Barroso, Couder, Ramos Power, Lázaro Galdiano, Travesedo, Heredia y Orzáiz, Núñez de Prado, Casali, Vazquez Barros, Goicoarrotza, Martínez Injio, Basarain, Jimeno de Figueroa, Pineda, Bermúdez de Castro, Ocantos, Osma, Diaz de Rivera, Vailadón.

Fué toda una verdadera manifestación... En honor á la ilustre duquesa, que tantas simpatías goza en la buena sociedad madrileña.

¿Y qué se contaba por allí?

Se hablaba de todo lo de actualidad. En el salón de fumar, un grupo de políticos discutía sobre la manifestación que acababa de celebrarse. Era el tema el número de manifestantes. En otro, de arte, se admiraban los hermosos cuadros que tanto abundan en aquella casa.

Marisa, Mía Luisa Ferrándiz, y el oficial de Marina Miguel Fontela.

¿Muec concurrencia?

La comedia se verificó en familia. De testigos asieron, por ella, el coronel de artillería de Armada señor Gallardo y el señor Milly por él, los ayudantes del ministro, señores Meer y Mendivil.

¿Padnos?

El general Ferrándiz y la señora de Fontela. Con detalle curioso te diré que los casos al ira que prestaba sus servicios en el Zeluano lo mandaba el ministro.

¿Y volverá á abrir sus salones la duquesa?

¡Pecosa temporada, probablemente no. ¡Y modo que salirás satisfechos? ¡Bañados de las dos tardes tan agradables que nos ha hecho pasar la amable duquesa ayer, por cierto, lucía una toilette de impropiable elegancia.

Rubryk.

APUNTES

AUTOMOVILES DE ALQUILER

¿Cómo progresamos, estimadísimo comprador? Hoy—bueno es repetirlo—hoy las cosas adelantan que es una barbaridad, y la industria y el comercio aprovechándose de estos adelantos que es otra barbaridad.

¿No han visto ustedes los nuevos automóviles de alquiler? ¿Cómicos, lujosos, rápidos, con su buena bocina graznadora, con su exquisito conductor... Toma usted uno para despachar al vuelo sus asuntos, para hacer alguna visita urgente ó para darse el gusto de hundir las posaderas en un blando sillón, y ¡pif! sale usted como una flecha por por esas calles, soltando humo venenoso, esquivando por un colmillo si le da la gana y riéndose de la mísera multitud si se le ataja.

No andar en coche—decían nuestros abuelos—es andar á gatas. No andar en automóvil, aunque sea de alquiler—dijeron nosotros—es arrastrarse villanamente. ¡El cochel del indolente simón; la vieja, la podrida, la maloliente manual; la berlina desvencijada, con sus cristales temblones, con sus maderas hechas, con sus herrajes orientales, con su tapicería sucia, mugrienta, costrosa, con sus cojines de pedernal... ¡Pasaron! Dentro de unos meses, ó de unos lustros, ó de unos siglos los provincianos que vengan á Madrid se pasarán y se asombrarán de su pobreza sordida. ¡Y nuestros padres usaron esos artilugios! ¡Y se divertieron metidos en esas cajas! ¡Y creyeronse lujosos y elegantísimos...

¡Ay, sí! Hasta hace pocos años eran elegantes y lujosas esas cajas. Todas las ricas de verdad y las modestas, las humildes, las deterioradas, las repintadas y recompuestas. Un coche de punto sugería pensamientos de abundancia, de comodidad y de oportunidad. Un señor gordito podía darse pifio en el café diciendo: «Voy á tomar un coche»; un forastero, con diadipar unas pesetillas, podía asombrarnos desde una manuael; un señorito, de esos señoritos que son profesionales del placer, podía ponerlos los dientes largos bajando las cortinas al subir á un alquiler misterioso...

En cambio, ahora, sólo la gente cilla insignificante transigirá con ellos. Son antiguos, ridículos, incómodos; relativamente—y en el mundo todo es relativo—son baratos; tienen, además, una bestia que se cansa y padece, y son regidos por unos monstruos que blasfeman ó injurian, y que explotan la debilidad ó la ignorancia del parroquiano no simple.

Y no obstante, amigos míos, habrá espíritus sentimentales que sientan la desaparición del coche de punto. En el coche de punto ochamos al viento la primera cara, antes de tener causa; en el coche de punto seguimos á la novia y edificamos nuestros primeros castillos aéreos; en el coche de punto, cogidos por esos amores que pasan y se desvanecen sin dejar huellas en el medio ni el corazón, comenzamos á cultivar el jardín encantado de nuestras ilusiones. Ensueños, aventuras, ratos de vagabundaje mental, memorias tristes y alegres... Todo eso gemiré entre las llamas cuando consuma el fuego las viejas maderas de los coches de punto.

Mas aun falta tiempo. Para alquilar uno de esos flamantes automóviles es preciso gastar tantas pesetas como para librarse de quintas. De manera que los románticos machuchos se pueden tranquilizar.

Como es difícil á los extranjeros el comunicar su opinión á los interesados, hemos pensado que el HERALDO, que toda España lee, pudiese ser nuestro poderoso portavoz.

Reciba usted, señor director, con las gracias anticipadas, la seguridad de nuestra más distinguida consideración.

Por los Sres. Carlos Genestier, premio nacional de Literatura; Bernabé, autor dramático; Davanzo, arquitecto laureado en el Salón de artistas franceses, y Hamocilla, pintor premiado en el Salón de artistas franceses, Bertie Delaunay, periodista.

Si yo fuese Villagas, el prestigioso director del Museo, después de dar ruidosamente las gracias á la ilustre publicista Bertie Delaunay y á sus compañeros que suscriben la bien escrita y oportuna misiva, la explicaría las razones de falta de espacio para exponer debidamente toda la riquísima colección del Prado.

Están bien ahora los Tizianos, Rubens y otros? A costa ha sido de la buena colocación de algunos, y entre ellos Goya, que ve provisionalmente las *Majas* en el piso bajo.

Mil razones que justifican los traslados podría exponer á la ilustre escritora, que congregará como á una compañía, la calidad por el amor probado al arte de nuestra tierra.

Y hablaría de la conveniencia de defender con la temperatura igual de las salas donde ahora están muchos lienzos de Goya, pintados sobre superficie tan tersa, que parece hule y se cubren.

Encaminaría, sin reparo, la instalación del asombroso lienzo la *Coronación*, de Velázquez, que no es su único cuadro religioso, puesto en inmejorables condiciones para examinarlo, y defendería el propósito de presentar un pequeño—por la cantidad—conjunto de los cinco gloriosos artistas: Greco, Velázquez, Murillo, Ribera y Goya.

Y después de repetir las gracias á Bertie Delaunay y añadir muchas más cosas á guisa de justificación, me encargaría con el notable ministro del Ramo para decirle:

—Ya lo ve V. E., ya se sabe, no sólo en Belchite, sino entre franceses, que no podemos dar adecuada colocación á la portentosa obra del museo del Prado.

¿Que los coloque en las salas situas... Jamás, jamás si un incendio corta la comunicación por la única escalera que existe de tablonas... ¿qué pasaría? ¿Qué haría é irreparable perjuicio?

¿Piensa V. E. en el proyecto de salas pequeñas adosadas á la central?

Seguiremos siempre igual?

Y no diga V. E. que en materia de más colocación cuecen en el Louvre las habas á cauderas, porque eso no es cuenta nuestra ni aquella colección puede compararse á la que nosotros poseemos.

Y ya puesto á decir, diría al ministro innumerables cosas, haciéndole otros tantos cargos respecto de las atenciones que se deben al Museo, como presupuesto para obras, conservación de cuadros y personal dedicado á su custodia.

ARTE Y ARTISTAS

DEL MUSEO

Carta abierta al Sr. D. José Franco Rodríguez, director del HERALDO DE MADRID.

Señor director:

«Da usted su venia á unos artistas y literatos franceses, entusiastas admiradores de los tesoros artísticos que España encierra, para hacer saber á quien corresponda, por conducto de la autorizada voz de su periódico, las recientes observaciones que inspira el nuevo arreglo del museo?»

«Nosotros, los extranjeros que ese maravilloso Prado atrae siempre á Madrid, quedamos tal vez más sorprendidos que los madrileños por la inoportunidad de algunas modificaciones llevadas á cabo en las galerías del museo.»

«Así, pues, por tales reformas deploramos que los admirables lienzos de Goya no se encuentren reunidos, como estaban antaño—excepción hecha de los cartones para tapices y las fantásticas composiciones que pertenecieron á la colección de Erlanger.»

«Encuadrábase entonces juntas esa perla única en la historia de la Pintura, las *Majas*, *El cacharro*, *El dos de Mayo*, *La romería de San Isidro*.

«Yuxtapuestas, tales magistrales obras ofrecían un incomparable regalo para los admiradores del gran arte, que podían así apreciar la extraordinaria variedad de maneras en este pintor magnífico.»

«Pero acualmente se han trasladado á una sala del piso bajo, entre lienzos de carácter decorativo, las *Majas desnuda* y *vestida*, colocándose las dos preciosas joyas á contra luz, igual que el exquisito *Cacharro*, del que no se distinguen en absoluto los más adorables detalles.»

«Y parece que aquí no se estima, según su mérito, este cuadro, que en el Extranjero es tenido por una de las incontestables obras maestras que posee el riquísimo museo del Prado, con la deliciosa silueta que asoma al ventanillo de la carroza y la naturaleza muerta del primer plano, que son, á juicio de todos los maestros modernos, soberbios trozos de pintura.»

«Cuando al *Cristo*, de Goya, se ha colocado entre dos lienzos de Murillo que son de una concepción y un trabajo tan diferente, que se perduran unos á otros.

«No lejos de ese *Cristo* aparece ahora la *Coronación de la Virgen*, que se ha separado, sin que nos explicásemos la razón, del magistrado conjunto de la obra de Velázquez, y téngase en cuenta que la completaba, por ser el único cuadro religioso entre todas sus composiciones profanas.»

«Los visitantes fervorosos devotos del Prado quedan hoy asujos á una gran defecación por los cambios inintencionales, que han destruido á Goya en una cueva.»

«Puede afirmarse que es indispensable, para apreciar la obra de este maestro prodigioso, verla en su conjunto y á plena luz, y es indispensable en esta ciudad—de la maestría de Goya, puesto que ningún museo posee una tan hermosa colección de Goya como el del Prado.»

«En la National Gallery, de Londres; en el Louvre, de París; en Amsterdam, en Lille, no se encuentran de ese artista mas que tres ó cuatro pequeñas telas, que dan, á lo más, muestra de una ó dos de sus maneras. Y es necesario compararle á sí mismo y seguir su evolución para pasar por él en el rango de los más grandes artistas, entre los que tiene un puesto brillante.»

«En composición, los visitantes del Prado encuentran este año á la grata sorpresa de ver los Tizianos y Rubens, antes instalados en las salas del fondo del piso alto, con luz cruda y sin distancia para su examen, perfectamente expuestos y valorados; por lo que es justo dar testimonio de gratitud á la Dirección.»

«Perdone usted, señor director, esta extensa digresión, justificada por el cariño y el interés que tal asunto en nosotros despierta, convencidos de que los tesoros del Prado pertenecen á los artistas del mundo entero, es una riqueza internacional, á la que rendimos el justo tributo de una admiración sin límites.»

«Como es difícil á los extranjeros el comunicar su opinión á los interesados, hemos pensado que el HERALDO, que toda España lee, pudiese ser nuestro poderoso portavoz.»

Reciba usted, señor director, con las gracias anticipadas, la seguridad de nuestra más distinguida consideración.

Por los Sres. Carlos Genestier, premio nacional de Literatura; Bernabé, autor dramático; Davanzo, arquitecto laureado en el Salón de artistas franceses, y Hamocilla, pintor premiado en el Salón de artistas franceses, Bertie Delaunay, periodista.

Si yo fuese Villagas, el prestigioso director del Museo, después de dar ruidosamente las gracias á la ilustre publicista Bertie Delaunay y á sus compañeros que suscriben la bien escrita y oportuna misiva, la explicaría las razones de falta de espacio para exponer debidamente toda la riquísima colección del Prado.

Están bien ahora los Tizianos, Rubens y otros? A costa ha sido de la buena colocación de algunos, y entre ellos Goya, que ve provisionalmente las *Majas* en el piso bajo.

Mil razones que justifican los traslados podría exponer á la ilustre escritora, que congregará como á una compañía, la calidad por el amor probado al arte de nuestra tierra.

Y hablaría de la conveniencia de defender con la temperatura igual de las salas donde ahora están muchos lienzos de Goya, pintados sobre superficie tan tersa, que parece hule y se cubren.

Encaminaría, sin reparo, la instalación del asombroso lienzo la *Coronación*, de Velázquez, que no es su único cuadro religioso, puesto en inmejorables condiciones para examinarlo, y defendería el propósito de presentar un pequeño—por la cantidad—conjunto de los cinco gloriosos artistas: Greco, Velázquez, Murillo, Ribera y Goya.

Y después de repetir las gracias á Bertie Delaunay y añadir muchas más cosas á guisa de justificación, me encargaría con el notable ministro del Ramo para decirle:

—Ya lo ve V. E., ya se sabe, no sólo en Belchite, sino entre franceses, que no podemos dar adecuada colocación á la portentosa obra del museo del Prado.

¿Que los coloque en las salas situas... Jamás, jamás si un incendio corta la comunicación por la única escalera que existe de tablonas... ¿qué pasaría? ¿Qué haría é irreparable perjuicio?

¿Piensa V. E. en el proyecto de salas pequeñas adosadas á la central?

Seguiremos siempre igual?

Y no diga V. E. que en materia de más colocación cuecen en el Louvre las habas á cauderas, porque eso no es cuenta nuestra ni aquella colección puede compararse á la que nosotros poseemos.

Y ya puesto á decir, diría al ministro innumerables cosas, haciéndole otros tantos cargos respecto de las atenciones que se deben al Museo, como presupuesto para obras, conservación de cuadros y personal dedicado á su custodia.